

Análisis de la actualidad ambiental

Los ecologistas airados y la mascotización de la naturaleza

Eduardo Mora Castellano

La manera en que algunos individuos y organizaciones expresan su aprecio por la naturaleza es a menudo incomprendida y repudiada por otros. Oponerse actualmente a la acción de la minera Placer Dome en las llanuras del norte costarricense, o a Tico Fruit en esa misma región, les resulta estridente y de mal gusto a muchos adoradores del norte, pero no del norte de Costa Rica sino del norte del planeta; y adversar a Ston Forestal, a las obras turísticas de Barceló en Playa Tambor y al Proyecto Turístico Golfo de Papagayo pareció, recientemente, de mala fe a algunos asalariados y comparsas de las enormes compañías involucradas, y así lo dijeron en la prensa. Éstos quisieran que el ecologismo se redujera a una defensa de especies, recursos y paisajes muy generalista y abstracta o, si no, muy localizada e inocua. O sea, en el primer caso, sin señalar culpables de carne y hueso ni llamar a la asunción de las reponsabilidades correspondientes, y, en el segundo caso, invocando soluciones parciales, que afectan casualmente sólo a quienes no tienen poder ni acumulan dinero, dejando incólumes las gigantescas fuerzas políticas y económicas que posibilitan que más crímenes contra la naturaleza, del mismo tipo, se sigan cometiendo (dejando vivo y libre al perro

que difunde la peste).

Pero no hay solamente de esos ecologistas airados, están también los jubilosos que manifiestan su aprecio por la naturaleza de un modo que a nadie ofende pero que algunos de los anteriores, los protestarios, desdeñan. Es un aprecio expresado a través de prácticas amorosas similares a las que desplegamos con papá y mamá, con nuestra pareja, con la vecina guapa y con el gato. Ésa es una pasión conocida y grata, decimos que es pura y clara, constructiva, positiva. Es una pasión centrada en las cualidades del objeto amado y no en las amenazas ni agresiones que sobre el mismo se ejercen, es una pasión ingenua y no suspicaz ni maliciosa, una pasión desarmada y no en estado de alerta, más parecida a la de los ángeles que a la de los demonios. Pero sobre los sujetos de esas pasiones, presumen algunos, se cierne la muerte imprevisible y voraz, los cuernos, los predadores más aviesos, la enfermedad. Esos amantes candorosos de la naturaleza ofrendan sus vidas por tortugas, venados, lapas rojas, iguanas y otras especies y parajes silvestres agredidos y amenazados, los mismos que los ecologistas protestarios iracundos miran sin especial pasión, sólo como partes que son de la desequilibrada biosfera.

¿Es boba y peligrosa la actitud de esos ecologistas franciscanos que solamente aman? ¿Y lo que los ecologistas airados sienten, es amor por la naturaleza o más es odio contra las fuerzas que imposibilitan que entre ellos y los ecosistemas se dé una relación armónica y fluida, como la que mantenían los cazadores-recolectores con su medio natural, con el que casi estaban fundidos?; ¿será eso amor -con sus concomitantes subproductos de posesividad, fetichización y celos- o será furia, furia porque la fusión con la naturaleza, ancestralmente apetecida, es imposible y el amor resulta un sucedáneo pobre e indigno?

Sea lo que sea, entre esos dos tipos de ecologismo -franciscano y airado- hay un abigarrado espectro de muchos otros. Aquellos son sólo los tipos más claros, y más que entes reales son modelos, "idealizaciones".

El movimiento ecologista costarricense, al igual que todos, es como un cóctel y allí reside su riqueza. El amor ingenuo, especialmente hacia animales, plantas y paisajes, es el cemento afectivo que hace que el movimiento sea uno y que asimismo cale en aquella población que por su conformismo social está más lejana a él, y es el que propicia la trasmutación de individuos indiferentes o apocalípticos en nuevos ecologistas. Ese amor que logra áreas de protección oficial para el desove de tortugas (LN,19-7-95:18A), que convierte por ley al venado cola blanca en "símbolo de la fauna costarricense" (LA GACETA, 20-6-95), que hace proliferar mariposarios (LN,12-7-95:2B), que puja por proteger a las lapas rojas creando incluso una *fundación* (LN,13-7-95:1B) y que ha

convertido en mascotas e introducido en la fiesta juvenil de San José a las iguanas (LN,14-7-95:2B), ese es el impulso candoroso del movimiento ecologista, el que limpia de acritud la faz política del mismo. Los ecologistas concientemente políticos no tendrían posibilidad de éxitos sin aquella dulce e inofensiva filigrana. El trabajo ecologista de superación de un orden político altamente predador de ecosistemas necesita en su base una multitud de emociones individuales que tengan como objeto los elementos constitutivos de esos mismos ecosistemas, elementos cuyo destino, entonces y en parte, es el de ser mascotizados por sus amantes protectores.